

Para mí esto es porno

poemas de Nathalie HC
Página 3

La polca

Cuento de Ernestino
Página 7

Ancestrales tristezas

Poemas de
Lucía Ainhoa
Página 13

Diciembre

Un silencio amenazado de torpezas.

Una oscuridad de a rendijas.

El vapor, el cansancio, la pereza:

masa informe, ingredientes de la nada.

Raspa toda la sed de todas las siestas del verano.

Pero parto con vos lo oscuro como se parte el pan.

Como dos bebiendo al tiempo de la misma copa recién criada.

No hay medida que fraccione los momentos porque amasas mi piel como a las horas y me guardo lo que emana de la tuya hasta que entra este sol y lo recibo en la esperanza segura de otra tarde.

esto para mí porno

Nathalie HC

Un costado de deseo

Hoy hablé de ella y vibré como si estuviera enamorada. Sentí un costado de deseo, tantos años silenciado, en ese amor que se endeudó hasta el desalajo. Pensé en su risa, en cómo descascaraba las paredes de sótanos verdosos. Pensé en esa entidad desenfadadamente humana, toda sucia, toda escatológica, toda enferma todo el tiempo. Pensé en los consuelos que le hubiera dado ante el rechazo: ¿Cómo vas a llorar vos, que sos hermosa? ¿Alguna vez viste a toda luz tu complexión? ¿la forma de tus muslos...? La fuerza de tus brazos, la redondez, la blancura, la suavidad de tus pies de niña grande.

Hoy hablé de vos y vibré como si siguiera enamorada. Vibró el sillón que te robé, vibró la tierra, vibró el sillón del consultorio donde iba a llorar que ya no me querías, y que yo era incapaz de enamorarme. Si los demás se tienen entre ellos ¿por qué no podemos tenernos vos y yo? ¿por qué no podemos ser iguales? Pensé que esas sábanas limpias jamás se intencionaban como invitaciones, pero un día me ibas a preguntar por qué no estaba y me ibas a ir a buscar acariciándome los brazos y voy a bajar a tu cama y vamos a dormir juntas otra vez, pero de frente, con los tercer-ojo dándose un pico, en el mejor cabezazo de la historia.

Y voy a besar ese tesoro a cualquier precio, al precio de tu odio, al de tu llanto, de tu pérdida, de saber que yo era lo más importante de tu día y lo arruiné; y que eras lo más importante de mi vida, y me arruiné la vida.

Pero seguís ahí y ahí siguen tus labios y esa boca, ni para atrás ni para adelante, no se cierra, no se abre, no hace un gesto, solo vibra tu cuerpo y no lo puedo constatar, no sé si vibra el mío únicamente, porque vibra el edificio, vibra la tierra, vibran las dos sillas vacías en lugares donde hay gente responsable. Y abro los ojos y los tenés cerrados, pero estás despierta y sos hermosa y te pregunto si eso estuvo bien. Decís que sí. Y nos besamos, ahora sí las dos, ahora sí con más júbilo que miedo, ahora sí encontradas y felices.

Debe ser lindo consumir un deseo que no sabías que tenías, uno recién germinado, la curiosidad hasta ahora desestimada de besar a tu mejor amiga. Pero más grande es calmar esta sed desesperante. ¿Está bien que te muerda? ¿Está bien que abra más la boca? ¿Está bien que te espíe de tan cerca cuando tus párpados están tan relajados que parece que podrías morir y celebrarlo? Tengo miedo de tocarte, pero más miedo me da que esto sea solo hoy, que este sea un portal que se abre cada trescientos mil años y yo me quede para siempre con las ganas de sentir el calor de esas tetas que me han alimentado sin saberlo. Porque fuiste todo, has sido todo: hasta este día eras mi familia y ahora vas a ser mi raza, mi comunidad, la única cosa viva en el planeta que me representa, mi bioma favorito, el mejor calor, la humedad más nutricia donde poder vivir y guarecerse. Vamos a vivir en esta cama de una plaza.

Hoy hablé de vos y vibré, vibró mi lóbulo frontal, vibró mi concha, como si todavía estuviera enamorada.

¿Te imaginás, amor, acabar todo adentro? Qué difusa la idea de alojar en mi panza ese semen de genio, de santo, de amigo, ese caldo proteico de idiota que me ama.

¿Te imaginás, amor, no tener que *cuidarse*? Qué lujosa la idea de alojarte en mi vientre, de mirarte la cara y saber que no hay nada que parta las aguas de tu goce y el mío.

¿Te imaginás, amor? ¡Con lo que a mí me gusta el placer de los machos! Moriría por verte y abrazar tus espasmos como si fuera llanto el haz que te atraviesa.

Imagino en mis piernas la explosión huidiza, tan intensa y concreta que se irá de mi cuerpo sin que llegue a admirarla. Imagino que enjuagues con tu leche de amante la maldad de los hombres que agotaron mi tierra.

Por ahora, conformes, te recorren mis manos, a la altura y el ritmo que dictaron las tuyas. Te acaricio, te beso y, al revés que una dama, llevo el glande a mi boca al segundo final.

¿Te imaginás, amor, acabar más adentro? Qué baratos, felices, fatales mis sueños.

La mujer me miraba de reojo desde la caja, intentando sin éxito disimular. Usó demasiado rápido el “¿Alguna consulta?” y ya no sabía cómo desembarazarse de mí. Porque era un hecho: quería que me fuera, porque estoy sucio y apestoso, y seguramente, en la lógica capitalista de esta librería, mi presencia podría ahuyentar clientes. Eso me pasa por ir a una librería cuyos dueños no profesan el arte por el arte. Pero ya había recorrido todo Tristán Narvaja y no daba con el libro que buscaba. Claro que lo buscaba para ojearlo, nada más. No veo un peso desde aquel glorioso choripan de dos noches atrás. Recuerdo que le pedí dicho chori a la mina del carrito, con una sonrisa, sabiendo que, con ese antojo, me estaba granjeando varios días de hambre. Pero ¿qué es la vida sin placer? Sin el placer de un embutido grasoso y poco salúfero, sin el placer de hojear un libro random del siglo dieciocho...

No lo encontré. Igual me entretuve un rato jugando con los nervios de la vendedora. Hacía el amague de agarrar un libro especialmente pulcro, y la miraba. Estaba en ascuas. Era evidente que temía que manchara las páginas con mis manos de pordiosero asumido y ufano. “Lo agarro... ¡No lo agarroooo!” canturreaba en mi mente, divirtiéndome buenamente. Luego me harté de estar rodeado de tanta cosa vacía, tanta secta disfrazada de autoayuda, tanto libro con el nombre del autor más

grande que el propio título... En fin, la tilinguería. Murmuré un “Gracias” casi inaudible, y me dirigí, para regocijo de la mujer, a las puertas de vidrio.

Estuve tanto rato adentro que me sorprendí con el sol intenso que tenía lugar afuera. La gente deambulaba en gran número. En la explanada de la Universidad unas personas juntaban firmas por la cuestión del agua. Están por todos lados. Yo ya firme, así que, como además no quiero hablar con nadie, cuando veo los carteles, las mesas con las listas, me hago a un lado considerablemente, para que no me aborden.

¿Soy un egoísta? Por supuesto que sí. ¿Acaso es opcional? ¿Soy un inconsciente? Depende. ¿Inconsciente de qué? Ah, no, no... Soy muy consciente de lo que me conviene. “¡La próxima guerra será por el agua!” Lo sé, lo sé... por eso firmé para derogar la ley... “Pero... pero interiorízate, involucrate en el tema, caramba...” No. “¿Y entonces qué te la das de superado? Sos tan lumpen como cualquiera” Cierto. Y también soy cínico.

Eché una mirada larga a la zona de bicis de la Biblioteca Nacional. La *tullida* seguía allí, interminable. Pensé que lo más sensato sería pasar por el Suatt. A lo mejor me quedaba un restillo de dinero, negligentemente ignorado. Pero entre pedalear, o mejor dicho luchar con la chiva hasta la Aguada, y lagartear un rato más bajo esa tardecita primaveral... Desistí. De todos modos sentí que tenía un par de *truncos* pronto. Qué vulgar me estoy volviendo... Puse los ojos en blanco, y me dirigí al local de comida rápida. Por suerte no estaba el guardia viejo que nunca me deja subir al baño, alegando que para hacerlo debo consumir algo. En su lugar había un jovencito que, por su aspecto, estaba en su primer día, o como mucho su primera semana. Ni me vio. Sí me miraron varios viejos cajetillas, que hojeaban el diario, como si estuviéramos en

los años cincuenta; y los jóvenes estudiantes, conchetitos, que tomaban zumo de frutas con pajita.

Llegué al segundo piso y miré por el gran vidrio la panorámica de 18. Se veían a varios muchachos, en distintos puntos, parando gente por lo del agua: es evidente que no va a salir.

Cuando quise abrir la puerta del baño algo la detuvo. Una espalda. Oí un “Perdón” y que alguien se movía. Un señor se acomodaba el pelo ante el espejo. Era canoso y llevaba una camisa azul a cuadros. Con solo una breve ojeada detecté los cardos también blancos que le salían de la nariz. Un water estaba ocupado, el otro con la puerta entreabierta. ¿Habría cagado ahí este pituco? No lo sabía. Sé que a esta altura es una frivolidad, pero no me gusta cagar después de alguien. Me gusta *bautizar* los wateres. Lo ideal sería llegar justo cuando el o la limpiadora sacan el cartel amarillo. De mala gana me senté, y para acentuar mi malhumor, vi que no había papel. Por suerte poseía un rollo, bastante abundante, en las profundidades de mi mochila. Lo extraje con la dificultad evidente del caso, mientras oía que tanto el viejo de los cardos, como el que cagaba a mi lado, salían del baño, dejándome en soledad.

Suelo ponerme filosófico en estas situaciones, pero esta vez decidí relajarme. Incluso dormir, si así mi cuerpo lo quería. Pero casi enseguida se volvió a oír la puerta, y el tipo nuevo se metió a su cabina con violencia, golpeando la puerta al cerrarla. Sentí el cierre de los lienzos bajar, y cómo el repugnante se aclaraba la garganta, y emitía suspiros de placer al sentarse. Se tiró un pedo largo, grave y caldoso. Luego un silencio me indicó que hacía lo suyo. Yo ya había hecho lo propio, pero una suerte de odio a mi vecino me mantenía clavado en el trono. Se remangó los mocos. Otro gemido de deleite. Y luego musitó algo ininteligible. Hubo un silencio, y luego volvió a murmurar. Evidentemente se creía solo en el baño.

-Claro que sí -dijo de golpe, fuerte y claro, y luego largó una breve carcajada. Yo me quedé como una estatua, para ver hasta donde llegaba su trance. Pero sólo siguió hablando en aquel lenguaje abstruso, en un tono sumamente bajo. Por momentos parecía que canturreaba, pero ciertos indicios daban a entender que mantenía como una discusión consigo mismo. “Es de los míos” pensé, cuando una nueva carcajada me sacó de mis cavilaciones.

Un rato largo estuvimos así, él murmurando para sí, y yo con los sentidos agudos, expectante. Luego evidentemente se paró, y sentí que arrancaba papel. Sentí el roce, seguramente con los pelos del culo enchastrados de caca. Extrajo un pollo de su garganta, y escupió, antes de tirar la cisterna. Salió y volvió a golpear la puerta de su cabina. Abrió la canilla y dejó el agua correr casi un minuto. Luego accionó el secador de manos. Esperé a que este dejara de sonar, suponiendo que para ese entonces el tipo ya se habría ido. Pero al hacerse el silencio volví a sentir aquel murmullo inextricable. Estaba hablándose frente al espejo.

De golpe, ya sin miramientos, levantó la voz, diciendo:

-No me vas a echar... ¡vieja puta! Yo soy el puto amo de este asilo. ¿Me oís? En este asilo mando yo, ja ja ja ja ja ja. Y si no te gusta andate, vieja chupa pija. Andate con esa otra vieja cotorra, vieja timbera de mierda...

Luego se calló, y se sintieron sus pasos chapotear en el suelo mojado.

Cantó:

-¡A bailar la polca! ¡A bailar la polca! ¡Sacudo la barriga, sacudo la barriga!... Ja ja ja ja... Miren mi panza chicas... Mirá estos *ravioles*, mirá estos *petorales*... ¡Mueran chiiiiiiis!... ¡Mueran por mí chiiiiiiis!... ¡Estoy *onfaier*!

Luego se puso solemne:

-Pase por acá... por acá señor... Yo soy el capo del asilo, sí, bienvenido... muy bienvenido. *Profesor*... por acá. Cualquiera cosa que usted precise, me la pide a mí. Hable conmigo. Hable conmigo. ¿Me oyó? Señor ¡Señor! ¿Oyó? Hable conmigo. ¡Tomá, comete un moco! ja ja ja ja ja ja Tá tará tará raraaaa... No...¡por favor! No, por favor *doctor*, faltaba más...¡Por favor, de ninguna manera! ¡Merece!

Se volvió a tirar un pedo, ya más seco, y finalmente salió del baño.

**

Bajé a 18 lo más rápido que pude, deseando poder encontrar al tarambana. Luego de aquella escena me vino una curiosidad tremenda, quería ver su rostro, su aspecto. Pero se había escurrido como una flecha. Busqué hombres repulsivos, pero hay un gran porcentaje, no era prueba de nada.

Aburrido, caminé en dirección al Centro. Llegando a la IMM me crucé con mi viejo. Tuve tiempo, antes de saludarnos, de ver que me miraba con cierta superioridad, y acaso algo de pena.

-¡Hijo!- exclamó.

-Hola- repuse apenas. Como ya dije, no quería hablar con nadie.

-¿Qué andás haciendo?

-Nada... por acá... paseando... yendo a una librería...

-Buenísimo- dijo, aunque su cara denotó todo menos alegría. Miró un instante hacia las mesas de votación y dijo- ¿Ya firmaste por lo del agua?

-Sí, sí...

-No creo que se lleguen a las firmas que se necesitan. Hay muy poco tiempo y la mayoría de la gente no tiene ni idea de qué se trata la cosa.

Hice una mueca de coincidencia.

-Te he visto varias veces desde el ómnibus... -murmuró de improviso, con un tono extraño- caminando por 18 sin rumbo...

-¿Y?- inquirí de inmediato.

-No, nada, nada- se atajó el viejo.- Es tu vida... ya sé... es tu decisión...

Hubo un silencio bastante prolongado.

-Hablando de eso- dijo al rato- Tengo una propuesta que hacerte...

-Mmmm, no creo...- lo corté yo, escéptico.

-No, ja ja, no es nada que implique un cambio. O bueno, en parte sí- y extrajo de su bolsó una llavecita- ¿Te acordás que te dije que habíamos abierto con mi amigo Colacho una imprenta cooperativa?

-Sí...

-Bueno...- titubeó- ¿Qué te parece quedarte ahí? No sé, algunas noches... Es preferible a... No siempre, si no querés. En fin... ¿qué decís?

Quedé sorprendido, y sopesé la propuesta un rato.

-¿Tiene baño?- pregunté al fin.

-Claro que tiene baño- respondió mi padre con extrañeza.- ¿Por qué no tendría?

-Por nada, por nada...

Los años pesan

Estoy cansada
los años pesan,
duelen.

Las palabras que no dije,
los silencios que guardé
se hacen polvo,
en una esquina sombría de mi casa.

Respiro la brisa marina
emanada por la playa,
y la infancia,
salvaje y despreocupada
inunda mi habitación.

Bañada en el perfume
de las risas, las olas...
Olvido el miedo,
el hedor de aquel whisky,
el fragor de los gritos,
la vergüenza
de las salpicaduras violáceas,
de saberme incomprendida.

La burbuja de brisa
explota
y los años pesan.

**Ancestrales
Fristezas**

Lucía Ainhoa

Diario de una noche cualquiera

Es de noche y tengo frío.

La sala está vacía, solo escucho
el ruido irritante del motor de la heladera
que apenas disimula los gritos en mi mente.

Me siento enferma,
quiero vomitar,
sacar la podredumbre de mi cuerpo.

Entonces escribo.

Escribo para vaciarme,
para que mis exhalaciones
sean las palabras que no puedo decir.

Ligera

Quiero ser ligera.
No sentir la gravedad
que me hunde en la tierra,

Olvidar la vorágine y el ruido,
ser solo un suspiro en el silencio
o un susurro en la noche.

Volverme etérea,
dejar mi cuerpo.
Ser solo viento,
sin forma, sin mente,
solo alma.

Cicatrices

Tengo cicatrices en la piel.
Pequeñas costuras
de todas las veces
que se desgarró mi cuerpo.

Tengo cicatrices en la piel.
Quemaduras del fuego
que no supe controlar.
Reducida a carne viva
me escondí de la visión ajena.

Tengo cicatrices en la piel.
Tantas penas y tristezas ancestrales
que son más y de todas.

Yo abrazo las cicatrices
que de a poco ya no duelen,
mientras vos inventás máquinas para borrarlas.

Comunión

Del barro venimos,
de la sangre que lucha por latir
e imponer su ritmo.

La mujer inicia el ritual,
sangre, corazón y carne
se hacen uno.

Pequeños seres pulsantes florecen
multiplicando al individuo.
Nadie puede escapar al latido,
fuego que se expande y bifurca.

La masa femenina revolucionada
y en éxtasis,
vuelve a aglomerarse,
se transforma en existencia grupal.

Comulgan sus energías,
sus cuerpos,
sus almas,
ya no existen fronteras.
Ella es yo,
yo soy todas.

Olvidadas

Escucho un eco antiguo y profundo:
voces gastadas, doloridas, apremiantes,
provenientes del pozo.

Las olvidadas por la sociedad.
Manos ásperas, piel curtida.
Mujeres cansadas con sus niños en brazos.

Escucho la nana ancestral
que le susurra a sus niños
promesas de días de sol,
juegos en la playa,
arena en sus pies,
el mar, las olas.

Los cantos cesan,
la oscuridad vuelve.
El frío del pozo se intensifica.
Los niños lloran, tienen miedo.

En cada rincón las mujeres
se juntan, traman su escape.
Quieren ser escuchadas.
Ya nunca más un eco.
Ya nunca más en el olvido.

Nathalie HC



@piracalamina



alcanfor.rosado@gmail.com

Ernestino



@ernestino_

Lucía Ainhoa



@lu_ainhoa

Para mí esto es porno de Nathalie HC está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIguual 4.0 Internacional.
¡Por favor reuse y comparta a gusto!



La polca de Ernestino está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional.
¡Por favor, comparta!



 **isla.uy**

 **@isla.uy**

